



### ***Raffaele Alberto Ventura***

Lo menos que puede decirse es que Fusaro ha logrado eficazmente llenar un vacío en el campo ideológico, interceptando una real demanda política y proponiendo soluciones a los antiguos problemas que atormentan a la opinión pública italiana.

Próximo de la Nueva Derecha francesa de Alain de Benoist, Diego Fusaro es frecuentemente presentado por los medios italianos como un “marxista”. Por su parte, él prefiere describirse como un “discípulo independiente” del pensador alemán, y parece sinceramente convencido de que sus ideas son de “izquierdas”. En esta entrevista podremos comprender mejor las ideas que hoy se están convirtiendo en hegemónicas por toda Europa.

¿Qué piensa del gobierno italiano actual?

En las últimas elecciones generales no fue la derecha ni la izquierda la que ganó, sino el pueblo italiano único en su totalidad, que demostró, además, que las categorías de derecha y de izquierda están superadas. Italia es un laboratorio único en este momento, porque ha logrado lo que en otros pueblos es todavía una quimera o bien ha fracasado: Italia se ha convertido en la vanguardia de los pueblos europeos. La “masa nacional-popular”, según la expresión de Gramsci, de los excluidos de la mundialización, se ha expresado en su contra. Este resultado es positivo porque ha indignado a los maestros controladores de las finanzas internacionales, como George Soros. La reacción de los mercados es el signo de que Italia ha hecho algo revolucionario.

Habla frecuentemente de Soros, ¿por qué?

La actividad de Soros es incesante. A través de su Open Society Foundation, él trató de derribar a la URSS, y no hace tanto orquestó las privatizaciones del patrimonio nacional italiano. Actualmente se ha desatado, porque el conflicto de clases se encuentra en su apogeo. La élite financiera ataca a los Estados soberanos y a la ética de los pueblos: es un momento decisivo. Precisamente, con motivo de las elecciones italianas, Soros escribió en Twitter que estaba furioso contra Italia y el populismo, y que habría que redoblar los esfuerzos actuando contra Italia. ¡Literalmente! He aquí la situación en la que nos encontramos y que prueba que Italia está en el buen camino.

¿Aprueba, entonces, la campaña de Orbán contra Soros?

Se dice con frecuencia que se trata de una campaña antisemita, pero no se trata aquí de combatir a George Soros porque sea judío: esto, evidentemente, no sería aceptable. Se combate a Soros en cuanto que ultracapitalista que compra países y desestabiliza gobiernos con sus “revoluciones de colores”. Además, Soros no ha sido expulsado de Hungría, sino que se ha ido por el aumento de los impuestos. He aquí la verdadera razón. Pienso que todo pueblo debe liberarse de estos personajes cínicos y desarraigados que sostienen el sistema financiero.

La idea de desarraigo es presentada con frecuencia en sus escritos e intervenciones. Para explicar la crisis, por ejemplo, usted habla de una “aristocracia financiera desarraigada”.

En mis últimos ensayos propongo una nueva geografía del conflicto de clase: hay, en lo alto, la clase financiera desarraigada de los grandes “señores” de la especulación, como Soros precisamente, y, en lo bajo, los nuevos “esclavos”, por citar a Hegel, las masas nacional-populares. En esta clase oprimida convergen el antiguo proletariado descrito por Marx y la burguesía. Hoy, el capitalismo es la aristocracia financiera, que vive de sus rentas especulativas y de sus fraudes legalizados como el de las subprimes en los Estados Unidos.

¿Por qué dice usted que la división entre derecha e izquierda está anticuada y superada?

El capitalismo mundializado es un águila: su ala derecha es el dinero, que destruye el Estado soberano, favorece la inmigración masiva y trabaja por la destrucción de toda dimensión ética en el sentido hegeliano; la otra ala es la izquierda de la moral, que en lugar de servir de obstáculo a estas tendencias, las legitima a través de sus “superestructuras”, por retomar a Gramsci. Y entonces la izquierda nos dice que el Estado debe ser abatido porque es fascista, que la familia debe ser destruida porque es homófoba, que hay que importar cada vez más migrantes. En suma, la izquierda moral legitima lo que la derecha del dinero le demanda. Tenemos que reaccionar. Yo propongo una síntesis entre las ideas de izquierdas y los valores de la derecha en nombre del “interés nacional”.

¿Cuáles son estas ideas de izquierdas?

Trabajo, solidaridad, defensa de los más débiles y desprotegidos, comunidad en el sentido de Costanzo Preve (que no se trata del “comunitarismo” en el sentido francés, sino de una acepción comunitaria derivada de las teorías de Ferdinand Tönnies).

¿Y los valores de derechas?

Familia, Patria, Estado, Honor...

A propósito de estos valores de derechas, usted denuncia, con frecuencia, la llamada “teoría de género”, ¿podría hacer un análisis?

La ideología de género encarna el proyecto del Nuevo Orden Mundial en el plano de las costumbres sexuales. Su objetivo es destruir la familia, esa “célula genética” sobre la cual, según Hegel, reposa la sociedad entera. Hegel nos dice que los ciudadanos son una familia universal en el Estado. Por tanto, el proyecto de los mundialistas es destruir la familia y el Estado, la familia como célula genética y el Estado como “cumplimiento de la ética”.

Para ello, destruyen la base misma de la familia, es decir, la diferencia sexual, a través de la ideología del posmodernismo sexual que anula las identidades. De la misma forma que el liberal destruye el Estado, el libertario genderfluid ataca a la familia. Así, sólo quedan átomos

en un contexto de librecambio erótico sin más vínculos. La familia es disuelta y ya no queda más que un sistema atomizado de individuos complacientes y dispuestos al goce y al disfrute, sin ningún valor ético ni vínculos estables.

Usted habla también de “feminización” y de “desvirilización”. ¿Cómo le ha conducido la lectura de Marx y Hegel a estas conclusiones?

¡Es que estos autores son, precisamente, el remedio contra la desvirilización en curso! Porque la desvirilización se funda sobre una destrucción del hombre, que como decía Aristóteles, es un animal político: entonces, el hombre ya no existiría en tanto que un simple átomo, sino en su relación con la comunidad. La desvirilización procede de la atomización de la sociedad, es decir, de lo contrario de la “comunidad” de la que nos hablan Aristóteles, Hegel y Marx. Hoy ya no existe más que el individuo omnipotente atomizado, animado por una voluntad de poder consumista ilimitado cuya consecuencia es la “fluidez de género”, esa idea según la cual todo el mundo puede decidir si es un hombre, una mujer transgénero o vaya usted a saber... Se nos presenta como una forma de emancipación pero, por el contrario, se trata del clímax del capitalismo: convertirnos en puros consumidores asexuados y sin identidad.

¿Cuáles son las fuerzas políticas italianas que convergen en esta defensa de los valores tradicionales?

Yo evito utilizar esta expresión de “valores tradicionales”. Lo que cuenta, ante todo para mí, son las raíces sólidas y comunitarias de la sociedad, que Hegel llamaba “raíces éticas”: la familia, por supuesto, pero también los sindicatos, la escuela, la sanidad y el Estado nacional soberano. Por tanto, hay que denunciar al capitalismo como lo hacía Marx y reivindicar la eticidad como Hegel. Estas temáticas han sido retomadas por la Liga y por el M5E, que han comprendido que el capitalismo mundialista es un “mal” y que tenemos que actuar contra él. Pero en Italia este campo todavía se encuentra muy fragmentado: está el pueblo tradicional, los partidarios de la familia, los soberanistas, los identitarios, pero todavía falta una visión unitaria para guiar esta revuelta contra la sociedad mundializada. Hay que partir de Hegel y defender a las comunidades.

Sus ideas, que hace algunos años se hubieran considerado extremistas, ¿se han convertido hoy en hegemónicas?

Son las ideas que defendía mi maestro Costanzo Preve y que en Francia son defendidas por Alain de Benoist: son ideas de izquierdas con valores de derechas, y en efecto, se están convirtiendo en hegemónicas. Para mí se trata, según la técnica gramsciana, de “hegemonizar” el debate público, es decir, de crear pacientemente un horizonte compartido de lucha contra el capitalismo, haciendo converger a los individuos que vienen de horizontes políticos muy diferentes para dibujar una contracultura que progresivamente sería consensual, utilizando los espacios periféricos de la televisión, la prensa y la edición a fin de reinvertir este “pensamiento único” que nos domina. Estamos a punto de lograrlo, recordemos si no a Di Maio y a Salvini: ellos han metabolizado bastantes de nuestras ideas.

¿Por qué Di Maio y Salvini miran hacia Rusia?

Porque la Rusia de Putin es, hoy en día, la única resistencia contra el imperialismo del dólar, es decir, contra la americanización del mundo, conocida bajo el nombre de mundialización. Sería mejor un mundo multipolar en lugar de esa especie de pesadilla de la “monarquía universal”, esto es, de una única potencia que invade la totalidad del mundo. Italia debería salir de la OTAN, liberarse de sus bases militares americanas y recuperar su soberanía monetaria, económica y cultural, abriéndose a Rusia y a los Estados no alineados.

¿Usted habla de “convergencias” con los intelectuales franceses?

Tengo en gran estima a Serge Latouche, con el que estoy en contacto, si bien no estoy totalmente adherido a la causa del “decrecimiento”, pero aprecio realmente la necesidad de poner límites al capitalismo triunfante. También estoy en contacto con André Tosel. Y aprecio mucho la obra de Jean-Claude Michéa. Pero el pensador que me resulta más cercano, sin ninguna duda, es Alain de Benoist.

En algunos artículos recientes usted ha denunciado un proyecto de “sustitución” de la población europea, que habría sido concebido en 1953 por el conde Kalergi, una teoría del complot que ha conocido cierto éxito en las páginas web italianas...

Yo no he dicho que exista un auténtico complot detrás de esta sustitución de población. Pero el plan Kalergi puso blanco sobre negro, en su “idealismo práctico”, en la lógica de los dominantes: hacer bajar el precio del trabajo a través de las deslocalizaciones y de la

inmigración masiva. La inmigración es, por tanto y evidentemente, un arma en las manos de esta clase dominante: se trata de una deportación masiva para hacer llegar a Europa a millones de esclavos africanos.

También ha denunciado frecuentemente el rol de las ONG que operan en el Mediterráneo...

Las ONG son instrumentos de deportación de masas de migrantes: nos hacen creer que actúan en nombre de la sociedad civil, pero, en verdad, están en nómina de los intereses privados de los “señores” del mundialismo que siempre quieren más inmigración.

¿Cuál es su idea para resolver la crisis migratoria?

Hay que ir a la raíz del problema. Estas migraciones son provocadas, por ejemplo, por los bombardeos en Libia, por lo que, en primer lugar, deben cesar todo este tipo de prácticas imperialistas. Hasta 2011 había en Libia un gobierno legítimo, el de Gadafi, con muchos defectos por supuesto, pero que era preferible a lo que ha venido después.

El hecho de que usted escriba en Il Primato Nazionale, órgano del movimiento CasaPound, que se reivindica del “fascismo del tercer milenio”, ¿debe ser interpretado como una forma de adhesión a este movimiento?

También escribo en diarios tales como La Stampa e Il Fatto, que tienen posiciones políticas muy diferentes, mucho más centristas. Para mí, el fascismo y el antifascismo están en el mismo plano: dos formas idiotas que el capitalismo utiliza para distraer a las masas. Es una manera de alimentar los conflictos y de impedir ver a los verdaderos enemigos. Pero, ¿de qué sirve hoy el antifascismo cuando la amenaza fascista no es real? El antifascismo se ha convertido hoy en un instrumento de la “izquierda glamour” y cosmopolita para defender al capitalismo.

Y cuando el fascismo aparece realmente, por ejemplo durante el golpe de estado en Ucrania en 2014, nuestra izquierda eurocrática y atlantista ¡aplaude! Y el único que lo combate gloriosamente, a saber, Vladimir Putin, ¡es tratado de fascista! ¡Es el colmo! El antifascismo es

un arma de legitimación del capitalismo, un artículo salido del catálogo de lo políticamente correcto cosmopolita.

Después de sus estudios de filosofía, no ha estado asociado a ninguna universidad, ¿cómo lo explica?

El “pensamiento único” expulsa todo lo que le es ajeno o extraño. En otro tiempo, se me habría quemado en la hoguera como a Giordano Bruno, o asesinado como a Sócrates. He sufrido el menosprecio y la desconfianza de la intelligentsia cosmopolita. Hoy, al menos puedo impartir cursos en un “instituto de alta formación”, el IASSP, una “escuela doctoral libre”. Queremos crear una escuela de formación en el pensamiento no alineado, con profesores tales como Emanuele Severino y el economista antieuro Alberto Bagnai. También voy a dar cursos en la European School of Economics de Florencia. Como se puede comprobar, nuevos espacios son creados a fuerza de voluntad. Es lo que Gramsci llamaba “el optimismo de la voluntad”.

¿Su visión económica se inspira en la de Marx?

No me interesa el Marx economista, sino el Marx filósofo: el Marx de la teoría de la alienación, del hombre que se desnaturaliza frente al capitalismo, el que piensa sobre las categorías hegelianas. El filósofo idealista, en suma. Mi tesis, que era ya la de Costanzo Preve, es que el materialismo de Marx no es más que una metáfora. En el fondo, es un hegeliano en su concepción de la totalidad histórica y un fichtiano en lo que concierne a la praxis.

Defendía hace algún tiempo la necesidad de crear un “Frente Nacional” italiano. ¿Se considera más un filósofo o un militante?

Soy militante en el sentido de Fichte, porque soy un intelectual que piensa en la sociedad y actúa en la sociedad. Pero no tengo ningún carné de partido, estoy en diálogo permanente con casi todos los partidos, con aquellos que están dispuestos a debatir, todo ello considerando también mi asociación independiente para la defensa del “interés nacional”. Pienso que la relación entre Italia y Europa debe ser reinvertida: ya vale de cesiones a Europa, nuestra voz debe ser escuchada.

Yo concibo una Europa de los pueblos, libres, cada uno con sus especificidades, es decir, todo lo contrario de la Europa actual, que destruye las identidades para reemplazarlas por un modelo único anglófono, consumidor de mercancías, utilizando una moneda posmoderna que no apela para nada a la historia de sus pueblos. Tomen nota: antes, en nuestras monedas nacionales eran grabados los retratos de los grandes personajes de la historia italiana.

¿No le provocan temor las consecuencias de una salida del euro?

Lo que realmente temo son las consecuencias que sufrimos actualmente. Hay una ideología europea, como Marx decía que había una “ideología alemana”: las dos coinciden, puesto que la Unión europea sirve a los intereses de los alemanes. La ideología europea nos dice que sufriremos un destino trágico si osamos salir del euro. Y, sin embargo, mirad las tragedias que se están realizando con el euro: pérdida de salarios, reducción de derechos sociales, tragedias como la del pueblo griego...

La única medida que puede garantizar los intereses de los trabajadores es el retorno a la soberanía económica. Es necesario un soberanismo social, como propone Jacques Sapir. Podemos incluso decir que un soberanismo social de izquierda, si queremos utilizar esta categoría, que tampoco es la mía. Pero quiero precisar que el soberanismo no tiene nada que ver con el fascismo.

Entonces, ¿por qué la Liga y el M5E ya no hablan, desde las elecciones, de salir del euro?

Porque esto es lo más difícil, es preciso poner en discusión todo el sistema de la Unión europea. Pero no pienso que este proyecto haya sido definitivamente abandonado, al contrario, está oculto, como preconizaba el economista Paolo Savona con su “plan B”.

Con frecuencia muestra su simpatía por Vladimir Putin. ¿Cree, como muchos de sus compañeros de ruta, que el destino de Europa es eurasiático?



Todo está por ver, porque el objetivo es liberarse de la dominación atlantista. La Unión europea es una americanización cultural, económica y social de nuestro antiguo continente. Tenemos en Italia 115 bases militares americanas, por lo que si Washington decidiera bombardear Belgrado, Roma debería plegarse como un zombi. Pienso que la Rusia de Putin tiene hoy un rol fundamental para garantizar la multipolaridad resistiendo al atlantismo imperialista. Obama decía: “Sí, nosotros podemos”, y Putin le respondía: “No, tú no puedes”. Es la gran misión histórica de la Rusia de Putin.

Lo cual explica, quizás, su proximidad con Aleksandr Dugin... ¿hay que creer que más allá de las culturas nacionales que usted defiende, existen convergencias políticas transnacionales?

Ciertamente. Mantengo buenas relaciones en Francia, Alemania y Rusia, y con Dugin he participado en alguna conferencia. Apoyo la solidaridad cultural de los pueblos para defender sus naciones. Por tanto, una Europa compuesta de Estados soberanos, que es lo opuesto de esta Europa que asesina a los pueblos y a las clases laboriosas.

Una última cuestión: ¿por qué habla en un italiano tan grave y arcaico?

Es mi forma de resistencia a la neolengua global de los mercados, el inglés mercantil con sus austeridad

y  
spending review

. Respondo a esta pesadilla orwelliana con lo que yo llamo la “vetero-lengua”: una lengua hecha de palabras anticuadas y en desuso, que no se utilizan normalmente en Facebook o Twitter, una lengua que recuerda a la de Dante y Maquiavelo, a Giovanni Gentile y Antonio Gramsci. Es una opción reflexiva, una reacción cultural a la barbarie anglófona dominante. Creo que cada pueblo, como bien lo decía Hegel, tiene el derecho a hablar su propia lengua nacional, porque sin lengua nacional perderíamos nuestra relación con las cosas y nos convertiríamos en extranjeros en nuestra propia patria.

Fuente: El Manifiesto